



*Absurdo mundo
perfecto*

SCOTT WESTERFELD

Uno

Como la mayor parte de los días, estuve a punto de llegar tarde a la clase de Privación.

No era una asignatura corriente, con calificaciones y todo lo demás, así que sólo los empollones la trabajaban a fondo. El resto de nosotros nos limitábamos a presentarnos en el aula y tratar de no quedarnos dormidos. Nadie quería suspender, claro está, ya que significaba tener que repetir otro interminable semestre observando cómo aquellas gentes de antaño padecían hambre y enfermedades. Al menos, en las clases de Historia se estudiaban batallas; las de Privación resultaban deprimentes.

De modo que cuando entré y me di cuenta de lo que el señor Solomon había escrito en la anticuada pizarra, solté un gruñido en alto.

«Hoy, entrega de propuestas para el trabajo de fin de curso».

—¿Se te ha olvidado algo, Kieran? —era Maria Borsotti, de la mesa al lado de la mía; su arcaico cuaderno de papel se encontraba abierto, preparado para los apuntes.

—¡No es justo! —protesté, y me dejé caer sobre el asiento. Se suponía que la asignación de trabajos académicos

micos aparecía automáticamente en la cabecera. Pero una de las normas de la clase de Privación consistía en que se desconectaba todo artilugio tecnológico medianamente decente. A semejanza de nuestros miserables y enfermizos ancestros, teníamos que depender de nuestro propio cerebro o bien, como en el caso de Maria Borsotti, garabatear signos sobre pulpa de madera muerta.

¿Aprender a escribir a mano? ¿Para una asignatura «maría»? Eso se llama ser empollón.

Es verdad que mi propósito había sido colocar un recordatorio. Los temas de los trabajos se iban aprobando por orden de solicitud: el primero en llegar, el primero en infectarse (humor de Privación = desternillante), de manera que casi todo el mundo se lanzó a la cabecera en el momento mismo en el que terminó la clase del viernes, apresurándose a buscar las enfermedades más sencillas antes de que otros las pidieran.

Se suponía que teníamos que «encarnar» alguna clase de desdicha ancestral, como pasar dos semanas con ceguera o lo que quiera que fuese. Se suponía que aquello nos iba a enseñar cómo eran las cosas en los tiempos antiguos, como si el hecho de aguantar una hora de Privación día tras día no fuera lo bastante lamentable de por sí.

El caso es que me despisté por culpa de Barefoot Tillman, que me había venido a buscar después de clase para pedirme opinión sobre una acampada en el Ártico. Cuesta negarle cualquier cosa a Barefoot, que mide unos dos metros y es la chica más guapa del instituto. Después de charlar con ella sobre forros térmicos y pin-

güinos, me teletransporté a mi optativa de montañismo, en los Alpes. Ése fue el comienzo de un ajetreado fin de semana carente de epidemias, guerras o privaciones: me fui de compras con mi madre a la Luna, me zambullí en la cabecera para practicar el idioma de los clásicos (en la clase de teatro estábamos con *Hamlet*) y me pasé el domingo entero construyendo la vivienda en el Polo Sur que nos habían asignado en Ingeniería Avanzada. El único momento en el que la asignatura de Privación había vuelto a asomar su enfermiza cabeza fue cuando mi amigo Sho y yo estábamos combatiendo en un videojuego y dije algo así como:

—¡Guau! En aquellos tiempos la gente se moría sin parar.

Pero luego su avión empezó a bombardearme, y me olvidé de nuevo.

Entonces llegó el lunes, demasiado tarde para buscar información. Al comienzo oficial de la clase, la cabecera desapareció —mi horario, los resultados de la liga de gravedad cero, incluso la hora del día: todo se desvaneció—. El mundo adoptó ese aspecto extraño y unidimensional de las clases de Privación: un único campo visual, nada que contemplar, salvo la sonrisa autosatisfecha de Maria Borsotti.

—Pobre Kieran —comentó.

—Ayúdame —le susurré.

Ella apartó la mirada.

—Bueno, puede que me hayan sobrado un par de ideas...

El señor Solomon dio comienzo aclarándose la garganta. Dijo que así era como la gente reclamaba la atención en los viejos tiempos, ya que las personas siempre estaban enfermas.

—Bueno, confío en que estén preparados para una experiencia de las que cambian la vida.

Gruñidos sordos recorrieron el aula.

Solomon puso las manos en alto para que nos calláramos.

—En la perspectiva se encuentra la clave de las dos próximas semanas. El presente trabajo no debería afligirlos. De hecho, cuanto mejor entiendan cómo eran las cosas, más valorarán su vida en la actualidad.

Aquél era el auténtico objetivo de la asignatura: convertirnos en pardillos agradecidos que nunca protestaban, ni siquiera por asuntos tan irritantes como, por ejemplo, las clases de Privación.

Maria se acercó a mí y murmuró:

—Vaya, qué pena. No encuentro mis anotaciones. Pero el señor Solomon ha comentado que tiene unas cuantas ideas.

Tragué saliva. Nuestro profesor había amenazado con adjudicar un trabajo de pesadilla a quienes no presentaran un tema de elección propia. La peste bubónica, tal vez. O el pie de atleta (que sonaba como algo bueno, pero no lo era). Me sentí como uno de esos pringados que no consiguen encontrar un compañero en el gimnasio y tienen que ponerse a dar vueltas corriendo en lugar de jugar a gravedad cero con los demás.

—¿Quién quiere ser el primero? —preguntó el señor Solomon.

Numerosas manos se alzaron de inmediato, pues todos estaban ansiosos por conseguir el tema que habían elegido. Yo permanecí sentado, inmóvil, mientras que mi cerebro, desprovisto de ayuda, daba vueltas sin remedio. Solomon llamó a Barefoot Tillman en primer lugar.

—¿Puedo elegir el resfriado común? —preguntó.

Le lancé una mirada de indignación. Por culpa de Barefoot se me olvidó lo del trabajo, ¡y ahora ella elegía el resfriado! ¡Después de las hambrunas y pandemias que habíamos visto aquel semestre! Incluso en la actualidad la gente, a veces, se resfriaba. Como en el Polo Sur: mi forro térmico estaba siempre helado cuando me lo ponía por las mañanas. Resultaba de lo más desagradable. Además, «resfriado común» sonaba mucho más benigno que resfriado del Polo Sur.

Una sonrisa cruzó el semblante del señor Solomon.

—¿Seguro que quieres probar con algo tan... desagradable?

Aquello pareció tomar por sorpresa a Barefoot, y por la expresión divertida de Maria me di cuenta de que ya había investigado ese resfriado común. Si una empollona como Maria no lo había elegido, quería decir que Barefoot se había metido en un buen lío.

—Me las arreglaré —respondió, tirándose un farol. Sus pulgares se movían con gestos inconscientes, como si estuviera utilizando la cabecera, como si tratara de adquirir la información necesaria. Conociendo a Barefoot,

no había ido más allá del nombre de la enfermedad. Es la clase de actitud negligente que, en teoría, te enseñaban a combatir en las clases de Privación ya que, en el pasado, la gente a veces moría por esa causa.

Aun así, Barefoot seguía estando muy por delante de mí, claro.

—Muy bien —concluyó el señor Solomon—. El resfriado común es suyo, señorita Tillman. Que lo disfrute.

Otras manos se elevaron en el aire.

El profesor paseó la mirada por el aula. Todo aquel asunto de levantar la mano era otro de los retrocesos tecnológicos que hacían tan frustrante la asignatura de Privación. Tenías que esperar turno, en vez de dialogar a múltiples niveles auditivos o unirte a un hilo de mensajes. No me extraña que en aquellos días la gente discutiera tanto. Hablar de cualquier cosa complicada a un único nivel auditivo era como intentar sorber alquitrán con una paja.

Lao Wrigley alzaba la mano más arriba que nadie.

—A mí me gustaría elegir el transporte físico; nada de teletransportadores —se echó la melena hacia atrás—. De todas formas, mi padre me trae al instituto por el aire.

—Son ustedes un grupo muy ambicioso —observó Solomon, cuya expresión de sádico regocijo hizo que el estómago se me revolviera—. ¿Y qué me dice de sus clases en otros continentes?

Con no poco engreimiento, Lao blandió los papeles que sujetaba en la mano. No era una empollona al nivel de Maria Borsotti, pero antes de clase siempre trasladaba sus notas de la cabecera a pulpa de madera.

—Bueno, mis asignaturas en Asia de este semestre están todas en la cabecera, así que no tengo que teletransportarme. Mi optativa de buceo libre es en las Bahamas, pero sé de un *ferry* de carga que hace dos viajes al día y conserva algunos de los antiguos asientos de pasajeros.

El señor Solomon asintió con un gesto.

—Magnífica investigación, Lao; aunque acabará por darse cuenta de que los barcos son sorprendentemente lentos. ¿Sabe cuánto se tarda?

Leo hizo un solemne gesto de asentimiento.

—Nada menos que dos horas, señor; pero si nuestros ancestros lo soportaban, yo también lo haré.

—¿Y qué me dice de su vida social, señorita Wrigley? Su elección significa que no asistirá a las fiestas en Luna durante dos semanas.

Aún con expresión seria, Lao cruzó las manos.

—Bueno, Privación no tiene mucho sentido a menos que renuncies a algo.

Puse los ojos en blanco. Como si Lao Wrigley tuviera una vida social a escala planetaria.

Hasta Maria enarcó una ceja, como si acabara de mandarme un mensaje a la cabecera. (Era lo único bueno de Privación: te hacía darte cuenta de hasta qué punto era posible comunicarse sólo con gestos de la cara). Conseguimos no soltar una carcajada.

El señor Solomon asintió y empezó a buscar su siguiente víctima.

Ahora mi cerebro corría a toda velocidad. No se me había ocurrido que se podía renunciar al teletransporte. Me

había concentrado en los temas de siempre: enfermedades, hambrunas o parálisis de alguna extremidad. Tal vez con un retroceso tecnológico me encontraría más a salvo que con una bacteria campando a sus anchas por mi cuerpo.

Traté de recordar los problemas de los viejos tiempos. No existía el teletransporte (solicitado). Tampoco cabecera (¿renunciar a la cabecera? Ni en broma). Ni forros térmicos (¿y me iba a congelar en el Polo Sur?). Ni nivel de crédito garantizado (¿y eso qué significaría? ¿Buscar un empleo?). Cada una de las ideas se me antojaba como una pesadilla.

Me figuro que ahí residía precisamente el propósito de Privación: la asignatura apestaba a «inevitable».

—Bueno, Kieran, ¿cómo van esas ideas? —susurró Maria.

Apreté los dientes mientras, malhumorado, caía en la cuenta de que mis ancestros habían dedicado grandes esfuerzos a encontrar la solución contra el hambre, los ataques de los leones y los gérmenes de toda clase que se multiplicaban en su interior. Muy agradecido, antepasados míos, pero ¿por qué tendría yo que aguantar semejantes desgracias?

Aunque la idea de los leones resultaba atractiva, la verdad. Me pregunté si podría hacer el trabajo sobre los depredadores, y encargarme que me fabricaran una bestia enorme que me persiguiera de vez en cuando. Aunque seguramente mi profesora de teatro se enfadaría cuando una manada de osos cavernarios nos asaltara mientras ensayábamos a Shakespeare.

Solomon fue recorriendo uno a uno a mis compañeros de clase; la soga se iba estrechando a medida que las manos en alto descendían.

Mi amigo Sho eligió el hambre, alegando que tendría gracia quedarse en los huesos. Al fin y al cabo, su armazón biológico no le permitiría morir, y era corriente que la gente ayunara durante dos semanas. Solomon dio su consentimiento, si bien le hizo prometer que bebería agua en grandes cantidades.

Judy Watson escogió el analfabetismo, lo que significaba que sólo podía utilizar iconos y órdenes orales en la cabecera. Era un truco excelente, dada la cantidad de gente que ya no se molestaba en leer. Intenté pensar en alguna versión de la idea, pero no lo conseguí; además, necesitaba la lectura para aprenderme los textos de *Hamlet*.

La mayor parte de la clase optó por enfermedades: cánceres o infecciones, incluso algunos parásitos. Dan Stratovaria se decidió por la oncocercosis, o ceguera de los ríos, de modo que sus ojos serían devorados por gusanos en las próximas dos semanas. Solomon le permitió mantener en la cabecera efectos visuales con los que realizar el trabajo y, en todo caso, Dan ya tenía pensado cambiarse de ojos, así que otro más que lo tenía fácil.

Las únicas enfermedades que me venían a la memoria eran las que tenían nombres raros, como la tos ferina. Pero, claro, dos semanas tosiendo como un descosido no parecía el colmo de la diversión.

—Me encanta cuando te pones nervioso —susurró María.

El señor Solomon giró la vista en nuestra dirección.

—Maria y Kieran, ¿de qué han estado hablando con tanta vehemencia desde que empezó la clase?

—Señor Solomon, Kieran tiene una idea extraordinaria —respondió Maria, y yo reprimí el impulso de propinarle un puntapié.

—No lo dudo, señorita —replicó él—; pero escuchemos la suya en primer lugar.

Maria esbozó una sonrisa.

—Me gustaría paralizar mis estabilizadores hormonales.

Solomon asintió lentamente; por lo visto, aquellas palabras tenían sentido para él.

—Un tanto arriesgado a los dieciséis años, ¿no le parece?

—Me apetece averiguar lo que sentían los adolescentes de aquellos tiempos —se encogió de hombros—. Cuando lees acerca de ellos, todo suena muy intenso.

—Desde luego que sí. En ese caso, dejemos que las hormonas corran con libertad. A ver, Kieran, ¿cuál es esa idea tan extraordinaria?

Hice caso omiso de la expresión divertida de Maria.

—Bueno, estaba pensando en intentar algo... diferente.

—Estupendo. ¿De qué se trata?

Eso mismo me preguntaba yo: ¿de qué se trataba? ¿Qué podía contestar? Intenté pensar en algo relacionado con la escalada de montañas, como el miedo a las alturas. O que motivara mis conocimientos sobre la Antártida, como la po-

sibilidad de congelación. O que me ayudara a entender mejor la obra de *Hamlet*, porque en aquellos tiempos isabelinos las privaciones estaban a la orden del día...

Y con ese pensamiento, William Shakespeare acudió a mi rescate.

—El sueño —respondí.

—Ah —el señor Solomon formó un triángulo uniendo las yemas de los dedos y mostró una expresión satisfecha—. Muy original.

—No me refiero a dormir mucho, claro —añadí a toda prisa—. Sino un rato cada noche, como hacían antes, eh... ¿verdad?

—Bueno, no voy a obligarle a dormir ocho horas diarias —repuso el profesor—. Siempre que llegue a la fase REM.

Asentí con un gesto, fingiendo estar al tanto de lo que «REM» significaba; mientras, pensaba: «¿Ocho horas por noche?». ¿Cómo conseguían nuestros antepasados sacar adelante sus tareas? La mayoría de los meses yo mismo me saltaba mi sesión de una hora de relajación cerebral.

Una expresión de pánico debió de cruzarme el semblante, porque Solomon añadió:

—Tengo entendido que algunas personas de la antigüedad no dormían más de tres o cuatro horas al día. Tal vez le interese investigar esos casos.

Esbocé una tímida sonrisa, agradecido por haberme librado de la peste bubónica.